QUIERO SER PERIODISTA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO GARCIA VIVANCO.

XV

(L.)

Es propiedad de Mariano Otero

MADRID:
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1867.



QUIERO SER PERIODISTA.



QUIERO SER PERIODISTA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO GARCIA VIVANCO.

Estrenada en Madrid en la noche del 2 de Setiembre de 1867

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

PERSONAJES.	ACTORES.
—	—
TERESA...........	STA. D.ª AMELIA CHAMAN.
MARIA............	SRA. D.ª ADELA GUERRERO.
DON VICTOR......	SR. D. RICARDO SANCHEZ.
LUIS..............	SR. D. ENRIQUE GARCIA CONDE.

AL SEÑOR DON NARCISO SERRA,

CENSOR DE TEATROS DEL REINO.

En testimonio de gratitud, le dedica esta comedia

El Autor.

ACTO ÚNICO.

Sala lujosamente amueblada: puertas al foro y á los costados; un velador con periódicos en primer término.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, arreglando los muebles.

MARIA. Vaya, que estoy divertida
en esta dichosa casa:
yo que estaba harta del viejo
el sobrino me faltaba.
Con su maldita manía
de ser periodista, acaba
de fijo con mi paciencia,
con el tio y con la casa.
¡Y qué cabeza, Dios mio!
Se levanta esta mañana
pidiendo el almuerzo á gritos,
y cuando poniendo estaba
la mesa, coge el sombrero
y abur. De seguro acaba
en Leganés; qué manía
con querer ser *de Morata*.
Él va á fundar un periódico
que va á llamarle *la Patria*,

y dice la pinta en cueros,
y muy enferma y cansada
de luchar ya con los hombres
que tratan de aniquilarla.
Él va á despertar al pueblo
del letargo en que se halla,
y á defender sus derechos
que ha tiempo torcidos andan;
y no habla mas que del cáncer
que en la sociedad se arraiga,
y la *fusion* de partidos,
y de otras mil pataratas
de las que al fin y á la postre
en limpio no saco nada,
aunque abrigo pretensiones
de ser mujer ilustrada
por la aficion que he tenido
á leer desde muchacha.
El viejo se desespera,
y machaca que machaca,
conque la mejor política
es la del que otorga y calla,
y ser eco hoy de Manuel
y de Lorenzo mañana,
y serlo del moro Muza
si el moro Muza mandara.
El sobrino se enfurece
al escacharle, se exalta,
y le pone de arlequin,
de pastelero y de maula,
que no hay por donde cogerle:
en fin, esto es una casa
de locos; porque yo creo,
y de esto nadie me aparta,
que entre un político en ciernes
y un político con canas,
tan corta es la diferencia
que no difieren en nada,
porque sus miras son solo
el vivir sobre la patria.

VICTOR. (Dentro.) Maria?

MARIA. Ya voy.

VICTOR. Qué haces?
MARIA. Ya voy, señor.

ESCENA II.

D. VICTOR, MARIA.

VICTOR. No hace falta.
(Saliendo por la derecha.)
¿No volvió Luis?
MARIA. No, señor.
VICTOR. Estamos frescos, Maria,
con la maldita mania
de querer ser escritor.
MARIA. Y dígame usted, porque
yo no alcanzo, y me hace gracia,
que es la *Tonteocracia*?
porque diciendo se fué
la *Tonteocracia*, sí,
célebre soy si la fundo,
y si da una vuelta el mundo
que me lo agradezca á mí.
VICTOR. ¿La *Tonteocracia*?
MARIA. Pues.
VICTOR. No lo sé: mas imagino
que debe ser el camino
que le lleve á Leganés.
MARIA. ¿Á Leganés? pues promete,
yo me asombro.
VICTOR. No te asombre,
en fin, es el del hombre
que á político se mete.
Conque hasta luego; si viene
cuidadito que no salga,
lo entiendes? (Váse.)
MARIA. ¡Jesus me valga,
pues bonito génio tiene!

ESCENA III.

MARIA sola.

MARIA. ¡Vaya un porvenir gracioso
que le aguarda en esta vida
despues de tanto escribir!
Bien que cada cual lo pinta
á su manera; el sobrino
todo lo vé por el prisma
de la gloria y del renombre,
el viejo solo lo mira
por el del positivismo:
y de aquí la disyuntiva
se me ocurre, de que cuál
de los dos es el que atina.
No lo sé, porque no entiendo
ni una jota de política,
ni quiero, que me parece
que es rosa llena de espinas
que todos quieren sobarla
y se hacen sangre y se pinchan.
Yo al menos por lo que leo
uno y otro y otro dia,
en todos estos papeles (Por los periódicos)
que á veces me causan risa;
parecen un reñidero
de gallos. Examina
mi curiosidad, aqueste
por ejemplo, este que grita
«los mejores son los *puros*,
y si no vienen, peligra
la sociedad.» Este otro
»los *puros* son tagarninas:»
El uno. «Mueran los *puros*.»
El otro «los *puros* vivan.»
Este dice «pobre patria,
nuestra patria.» «Eso es mentira:
dicen los otros que es nuestra,
que la hallamos en camisa
y la hemos dado vestido.»
«Para rasgárselo á tiras,

ó venderla, que dan mas
ahora que está mas bonita.»
Y aun me dice la Lorenza
cuando vámos á la sisa
que á las pobres verduleras
mala voluntad y tirria
las tiene por su lenguaje,
propio tan solo de tias.
¡Pues si leyera periódicos!
no sé entonces qué diria
un modo de hablar mas libre
que el de aquestos ya...

LUIS. (Dentro.) Maria!
MARIA. Adios mi dinero: voy:
ahí está. (Váse y vuelve en seguida.)
LUIS. (Dentro.) Abre, Maria.
MARIA. Pero señor si está abierto.

ESCENA IV.

LUIS, MARIA.

LUIS. Es verdad, no lo veia.
MARIA. (No es extraño; pobrecillo,
ya le dejó la política
además de loco, ciego.)
LUIS. Te esperan en la cocina. (Despidiéndola.)
MARIA. Ya me voy.
LUIS. Lárgate pronto.
MARIA. Muy bien... (Señor periodista...)
(Váse puerta foro.)

ESCENA V.

LUIS solo.

Uf, cómo sudo: esto es hecho;
si me prestan la fianza
tiro mañana el prospecto,
le reparto, me le ensalzan
cuatro amigos, y realizo

de una vez mis esperanzas
¡Qué vida la de escritor,
qué dicha, qué bienandanza
verse uno siempre traido
por los suyos casi en andas!
Los mios, sí, que los mios
son aquellos que me pagan
la redaccion y la imprenta
y hasta los gastos de casa.
Y ellos, pobres, sin saberlo
han de servirme de escala
para subir, con promesas,
y luego no cumplir nada,
con adular mucho hóy
y diciendo que mañana
haré lo que no he de hacer
casi tengo asegurada
una posicion magnífica,
que es mi ilusion adorada.
Y luego que yo bien sé
cómo he de dar importancia
al periódico, poniendo
como una ropa de pascua
á zutano y á mengano,
y hasta el lucero del albá;
le denuncian, le recogen,
me echan una multa bárbara,
recurro á los suscritores,
les doy bombo, me la pagan,
y tras de aflojar los cuartos
me llaman pico de plata.
Luego corriendo los tiempos
vienen otros que se afanan
en deshacer lo que hicieron
los que cayeron, y mandan
que se devuelva la multa.
Yo la tomo por tomarla.
Y los suscritores dicen,
su buena suerte le valga.
Que no basta todo esto?
pues á escribir una carta
que el pelo ponga de punta

al mismísimo rey Wamba.
Empiezan á perseguirme,
escurro el bulto, me encausan,
dejo seguir el proceso,
y cuando sé que le fallan
condenándome á destierro,
digo, aquí estoy, y me agarran,
y me hacen cruzar los mares
que no he visto, y á Canarias.
Allí me paso tres años
haciendo vida monástica,
y escribiendo á mis amigos
que como perro me tratan.
Y el dia en que mi partido
vuelva á ser papel en alza,
digo, aquí estoy yo, señores,
que por defender la causa
de vuestro bien, he sufrido
penalidades amargas.
¡Tiene razon, gritan unos;
dice bien, los otros claman,
y al menos me hacen ministro,
debido todo á la farsa.
Pero ahora que recuerdo,
si habrá venido la carta
de mi padre: le pedia,
que diez mil reales girara
á mi favor, pues sin ellos
no puedo emprender la marcha
del periódico, y no quiero
que se retarde. ¡Muchacha! (Llamando.)
No me responde. ¡Maria!

MARIA. (Dentro.) Voy corriendo.

LUIS. ¡Qué cachaza!
Maria...

MARIA. (Dentro.) Voy, señorito,
espere un poco.

LUIS. Ya escampa.

ESCENA VI.

LUIS, MARIA.

MARIA. Aquí estoy ya, ¿qué se ofrece?
LUIS. Dime, ¿no vino el cartero?
MARIA. No señor, y á lo que infiero,
lo que es por hoy me parece...
y nada de extraño tiene;
digo, desde Andalucia,
lo que es el correo, hoy dia
es milagro cuando llega
á tiempo, si es el interior...
no se admire usted del caso,
con tres dias de retraso
es cuando viene mejor.
LUIS. Tú qué sabes?
MARIA. ¡Ahí es nada!
Que si lo sé, ya lo creo;
¿quién más espera el correo
que una chica enamorada?
LUIS. ¿Tú enamorada?
MARIA. Me alabo
de estarlo.
LUIS. ¿Y es el mortal...
MARIA. Un andaluz muy cabal,
un chico arrogante, un cabo
de gastadores, que al moro
se fué y trajo tres cruces.
Sí, señor; los andaluces
son oro molido, oro.
LUIS. Voy á salir; si viniera
antes que vuelva el cartero,
le das la carta al portero
que la lleve... ¡Ah! si volviera
mi tio...
MARIA. (Se armó el belen.)
LUIS. Le dices...
MARIA. (Cómo le digo...)
LUIS. Que he ido á buscar á un amigo.
MARIA. No puede ser.

LUIS. ¿Que no? y quién
se atreve...
MARIA. Su tio al salir
me lo dejó así encargado.
LUIS. Pues no he vuelto, y acabado.
MARIA. Mas el portero decir
puede acaso y...
LUIS. No lo creas,
ya le dejaré advertido
de todo.
MARIA. Mas...
LUIS. Concluido,
Maria, y para que veas
que pago bien tu favor
al cabo libertaré
de servir más, y le haré...
MARIA. ¿Qué le hará?
LUIS. Repartidor
ahora, y más adelante,
ya veremos; Dios mediante
puede llegar á escritor.
MARIA. ¡Escritor!! Miren que es
empeño necio.
LUIS. Maria!
MARIA. No señor, que el mejor dia
le llevan á Leganés.
LUIS. Hasta luego y ten cuidado. (Vase.)
MARIA. No haya miedo, señorito:
pues señor, el pobrecito
está loco rematado.

ESCENA VII.

MARIA sola.

MARIA. Esto es lo más divertido
que se ha visto y se verá,
mas vamos á la oficina,
ó al fogon, que me es igual.
(Váse puerta derecha.)

ESCENA VIII.

D. VICTOR, que entra con el sombrero estropeado y la ropa llena de polvo.

Vengo casi reventado,
que en este Madrid bendito
el atravesar las calles
es un contínuo peligro.
¡Qué abandono, qué costumbres,
qué babel, qué laberinto!
Cada cual vive á su antojo
sin que se le importe un pito
ni leyes, ni prescripciones,
ni rey, ni Roque. ¡Qué siglo!
y aun se atreven á llamarle
de las luces; de los mistos
si acaso, porque yo luces
que menos luzcan no he visto.
Apenas salgo á la calle
tropiezo con un serijo
de carbon, mientras tres mozos
en torno de él reunidos,
con palas y con escobas
levantaban un polvillo
que ya, ya. Miro el reló,
creyendo que eran las cinco
de la mañana, y las doce
eran muy cerca. Prosigo,
y á los diez pasos me ponen
de agua y de lodo perdido
con una manga de riego
que regaba de lo lindo.
Quiero limpiarme y no puedo,
que algun diablo sin oficio,
de los muchos que pasean
por las calles, del bolsillo
tomar se sirvió el pañuelo
queriéndome hacer un servicio.
Mas allá junto á una esquina,
en letras de molde escrito,

habia un gran papelote
que empezaba así: «Prohibo
que sin bozal á la calle
salgan los perros.» Y al mismo
tiempo que leia el bando
siento en la pierna un mordisco;
vuelvo la cabeza y veo
á un perro audaz y atrevido
que ó no habia leido el bando
ó hacia de él caso omiso.
Haciendo mil comentarios
sobre el cumplimiento estricto
que guardamos á las leyes
iba yo, cuando un vehículo
al atravesar la calle
por poco atropella un chico,
que en vez de estar en la escuela
se ocupaba el angelito
en disparar carretillas
y apedrear á otros niños.
Esto en la calle; que luego
si entramos en otros círculos
más altos, ¡Dios nos ampare,
qué cosas se ven, Dios mio!
¡Cuánta intriga, cuánta farsa,
qué proceder, qué cinismo:
razon tiene el que pregunta,
¿pero en qué pais vivimos?
Bien haya como el que yo
no quiere meterse en lios,
y hoy obedece á don Pedro
y mañana á don Francisco,
y no se mete en política,
que fuera hacerse impolítico.
Y despues de tantos sustos
como pasé en el camino,
me vuelvo como salí,
sin realizar este giro,
harto ya de: «Vuelva usted,
no ha llegado aun el aviso.»
Dentro de cuatro ó seis dias,
sin duda será un olvido

del encargado de allá,
y con esta ya son cinco
las veces que tuve que ir
á recoger lo que es mio,
y que si me hiciera falta
ya estaba fresco.

ESCENA IX.

D. VICTOR y TERESA, en traje de viaje.

TERESA. Don Victor
Montalvan...
VICTOR. Para servirla.
TERESA. ¿No tiene usted un amigo
comerciante de Palencia?
VICTOR. Ah, sí, mi amigo Toribio
Fernandez, hombre muy probo,
y sobre todo muy rico.
TERESA. Pues bien: yo soy Teresita
Fernandez.
VICTOR. ¡Cómo! ¡qué miro!
Es usted aquella niña?...
¡Lo que crecen estos chicos!
Y viene usted?
TERESA. He venido
en un tren que justifica
su dictado de *tren mixto*
en desgracias y ocurrencias,
en zozobras y peligros;
pues llegamos á la córte
con un retraso de cinco
horas lo menos, despues
de sufrir en el camino
un choque que nuestras vidas
puso en un grave peligro.
Y en la estacion de Medina
se baja á buscar mi tio
un vaso de agua, y apenas
que se baja, el tren maldito
parte veloz como el rayo
á pesar de faltar cinco

minutos de los marcados.
¡Vamos, no he visto un servicio
mas infernal; por lo que
vengo sola y le suplico
no lo extrañe, pues papá
nos habia dirigido
á su casa, cuyas señas
y su nombre y apellido
pude hallar en esta
carta para usted. (Se la da.)

VICTOR. Siento muchísimo
tal ocurrencia, y me alegro
que se haya usted dirigido
á esta casa, en donde encuentra
un servidor y un amigo.
Pero usted deseará
tomar algo, y es preciso...
Maria... (Llamando.)

TERESA. No se moleste,
solo un cuarto necesito
y nada más.

MARIA. (Saliendo.) ¿Qué se ofrece?

VICTOR. Pronto le tendrá usté listo.
Mira, Maria, al momento
pones corriente el cuartito
que da al jardin.

TERESA. Muchas gracias;
y en cuanto venga mi tio
que me avisen.

VICTOR. Por supuesto,
descuide usted.

TERESA. Con permiso...

VICTOR. Yo mientras tanto la carta
voy á leer de Toribio.

TERESA. Quizá dirá á usted en ella
á lo que á Madrid venimos...

VICTOR. Á asuntos quizá...

TERESA. (Con disgusto.) Sí, á asuntos
que no me agradan, don Victor.
(Váse acompañada de Maria por la puerta izquierda.)

ESCENA XI.

D. VICTOR solo.

Tiene razon Teresita,
servicio mas infernal
que el de los ferro-carriles
de España, no se verá;
y vaya usted á saber
en quién la falta estará.
Porque ocurre una desgracia,
se trata de averiguar
quien la causó y no haya miedo,
que no se averiguará.
La empresa dice: «Yo no,
eso al jefe.» «Yo, no tal,
si acaso al telegrafista
que se olvidó de avisar.»
Y entre dimes y diretes,
y entre Judas y Caifás
lo cierto es que el hecho queda
envuelto en la oscuridad.
Mas veamos de Toribio
la carta.

(Leyendo.) «Mi sin igual amigo: hace tiempo »que no te escribia, y hoy que lo hago dirás y »con razon que es para molestarte; pero no »teniendo en esa, persona de más confianza »donde pueda mi hija pasar unos dias, me »tomo la libertad de suplicarte que tanto á »Teresita como á su tio que la acompaña, los »recibas en tu casa, como yo te recibiria en »la mia. Pasan á esa córte con objeto de ha- »cer varias compras de alhajas y vistas, pues »he pensado casarla con el hijo de un íntimo »amigo á principios del mes próximo. Es una »boda en la que veo el porvenir de mi hija »muy satisfactorio por más que se resista á »ella Teresita, si bien su oposicion es algo »fundada, puesto que no conoce á su futuro. »Dispensa esta nueva molestia de tu siempre

»verdadero amigo.—Toribio.»
¿Conque viene á comprar galas?
bonitas galas serán
si la casan con un hombre
que ni quiere ni querrá!
Cuántas miserias humanas!
¡ó maldita sociedad
que todo lo sacrificas
al interés! En verdad
que no apruebo la conducta
de Toribio. Comercial
en todos sus pensamientos,
en esta boda será
un negocio de interés
y realizarlo querrá
á toda costa. Lo siento
por Teresa.

ESCENA XII.

D. VICTOR, TERESA, MARIA.

MARIA. (Desde la puerta.) Quedará
todo como usted desea!
TERESA. Muchas gracias.
MARIA. No hay de qué.
VICTOR. Ves previniendo el almuerzo,
que es hora.
MARIA. Descuide usté. (Váse.)
VICTOR. ¿Conque Toribio pretende
casar á usted con un hombre
de quien ignora hasta el nombre?
TERESA. Sí señor.
VICTOR. No se comprende
en un hombre tan amante
de sus hijos, tan honrado.
TERESA. Es que papá ha variado.
VICTOR. ¿Variado?
TERESA. Sí, y bastante;
no habla más que de elecciones
y de trastornos futuros;
va al Casino de los puros,

sueña con las votaciones,
no para en casa un momento,
el comercio está perdido,
y si le pido un vestido
me habla del retraimiento.
Los lazos filiales rotos,
su amor paternal descrece,
y mi boda me parece
que ha de ser cuestion de votos.
Desde el instante fatal
en que le entró esa manía
se va viendo cada dia
nuestra fortuna muy mal.
Ya al comercio no se aviene
y al fin se verá arruinado,
porque es adagio probado,
que solo pierde, el que tiene.

VICTOR. Es verdad, y no comprendo
tal variacion á sus años
despues de los desengaños
que en el dia se estan viendo.
¡Y en política!!! Ahí es nada,
á creerlo me resisto,
donde al hombre que es mas listo
le juegan una tostada:
y en su carta el muy taimado
nada me dice: es urgente
que le escriba.

TERESA. Inútilmente
habrá usté el tiempo gastado.

VICTOR. ¿Por qué hija mia? es amigo
muy antiguo, le daré,
un buen consejo, y veré
si mis intentos consigo.
¿Pero hablando de otra cosa
quizá de más interés,
que la política es
una fruta empalagosa,
¿por qué se empeñó formal
en no aceptar esa boda?

TERESA. Porque seria mi boda
un contrato electoral.

VICTOR. No entiendo.
TERESA. Porque va mal
su eleccion si no me caso,
porque quiere abrirse paso
sin la influencia moral;
porque á su plan se acomoda
el salir hoy diputado,
y la influencia ha encontrado
con realizar esta boda:
hay á más otra razon
que se opone fuertemente.
VICTOR. ¿Quizá otro amor mas vehemente
impera en su corazon?
TERESA. Aunque me cueste rubor
confesarlo, lo confieso.
Hace tiempo que profeso
á otro hombre todo mi amor;
jóven, rico, de talento,
que en Biarritz este año
conocí, y si no me engaño,
de Madrid.
VICTOR. ¿Su nombre?
TERESA. Siento
no saberle, pues un dia
un parte recibió urgente
y á la mañana siguiente
partió para Andalucia.
No le vi más, y no osbtante
de tan rápida partida,
le amo con toda mi vida.
Es tan fino, tan galante,
tan obsequioso... yo espero
volverle á ver; si le viera
quizá mas dichosa fuera.
LUIS. (Dentro.) ¿Maria, vino el cartero?
VICTOR. Mi sobrino.
TERESA. Con permiso... (Turbada.)
esa voz...
VICTOR. ¡Que turbacion!
TERESA. (Me lo dice el corazon;
que yo le vea es preciso.)
(Váse puerta izquierda.)

ESCENA XIV.

D. VICTOR, LUIS.

LUIS. ¡Albricias, tio querido!...
ya pronto seré escritor,
y en mí encontrará la patria
el mas noble defensor.
(Quiere abrazar á D. Victor, y este le rechaza.)
¡Venga un abrazo! ¿Qué es esto?
Usted me rechaza?

VICTOR. Yo
te rechazo, te detesto,
te tengo tirria y horror.
Loco, loco rematado,
mala cabeza, bribon,
hoy mismo escribo á tu padre.
¡Pobre hermano! su dolor
será grande... mas no importa,
si ha de ser mañana, hoy
es mejor lo sepa todo.

LUIS. Pero tio, voto á brios...
yo creo, sí, y no me engaño,
que el loco es usté y no yo.
Quiere usté matar mi genio,
quiere usted ahogar mi voz
y apagar el fuego patrio
que arde aquí en mi corazon;
quiere privar á la patria,
mejor dicho, á la nacion,
de un defensor tan acérrimo,
tan leal...

VICTOR. Esto es atroz!
Apenas la chichonera
y los pañales soltó,
porque estudió cuatro frases
y á mal hablar aprendió,
y sin saber gobernarse
á si mismo, ¡santo Dios!
meterse á gobernar quiere,
ahí es nada... á una nacion!

Ven acá, pobre insensato,
y explícame por favor
qué es lo que diablos intentas.

LUIS. Hacer en un año ó dos
en ideas y en costumbres
toda una revolucion.
¡Sabe usted lo que es la prensa!!

VICTOR. Pensarlo me causa horror;
y si yo fuera ministro
un mes tan siquiera ó dos,
ya andaria mas derecha,
te lo juro por quien soy.

LUIS. La prensa es el elemento
del mundo . el eje motor
que á la sociedad conduce...

VICTOR. Derecha á su perdicion.

LUIS. Pronto formaré yo parte
de esa prensa, y con honor
me conservaré en mi puesto
con la plausible ambicion
de completar mi programa.
«Muera por siempre el favor:
libertad: fuera injusticias,
á la industria proteccion,
igualdad para las clases
y á las leyes sumision.»
¿Sabe usted lo que esto vale?
Solo aprecia su valor
el que abriga estas ideas
con todo su corazon.
De este modo me abro paso
en la política, y soy
en media docena de años
no solo un gran escritor,
sino un padre de la patria
con grande satisfaccion
del pueblo; y de periodista
paso á la diputacion;
voy al Congreso, y allí,
lleno de patrio fervor
hago triunfar mis ideas,
y al menos, ya que esto no,

digo verdades que pongan
encarnado al mismo sol,
quito la máscara hipócrita
á una docena ó á dos
de mercaderes políticos,
y hago ver á la nacion
lo que vale un diputado
independiente cual yo.
Y al ver así sus derechos
defendidos sin pasion,
llego de fijo... á ministro
sin deber nada al favor,
y ya soy lo que se llama
un padre de la nacion.

VICTOR. Todo eso, todo es muy bueno
para dicho, pero no
para llevarlo á la práctica,
así al menos pienso yo,
y si crees lo contrario
te llevas un chasco atroz.
Por desgracia ya soy viejo
y abrigo la conviccion
de conocer á los hombres,
y apuesto no existen dos
que les mueva otro resorte
que la maldita ambicion.
Y en prueba, de tu programa
allá va la traduccion.
«No haya favor para nadie;
para mí solo el favor:
libertad para mí solo,
la justicia se acabó;
justicia, si me conviene,
si no me conviene, no:
proteccion á quien yo quiera,
por lo demás, proteccion
á la industria... que si quieres:
la igualdad... necia ilusion!
cada clase esté en su puesto,
que así es como está mejor.
Sumision ciega á las leyes...
cuando la ley la haga yo,

que si la ley la hizo otro
no merece sumision.»
¿Sabes tú lo que eso vale?
Solo aprecia su valor
el que en política ha visto
desengaños un millon,
y vé en ella una comedia
que al levantarse el telon
siempre el asunto es el mismo
con la sola variacion
de hallar nuevos personajes
ó nueva decoracion.
Eso de amor á la patria
es un sarcasmo feroz,
á no ser que llames patria
del abdómen la region.
En cuanto á la mayoria
de votos en la eleccion
para salir diputado,
esto es cosa de cajon;
mucha intriga, mucha farsa,
prodigar mucho el favor,
prometer y no cumplir,
y que nos bendiga Dios.
Mas subir á la tribuna
lleno de patrio fervor,
se lo cuentas á san Bruno,
que fué un santo bonachon.
Decir verdades que pongan
encarnado al mismo sol,
eso sí, la desvergüenza
es cosa corriente hoy.
Y con tan grandes servicios
no creas que dudo, no,
que adquirir puedas al cabo
una grande posicion,
y te eleves si es preciso
hasta tocar con el sol.

LUIS. Descreido.

VICTOR. Majadero.

LUIS. Positivista.

VICTOR. Anfitrion

en ciernes de la política;
pero no creas que yo
conspire contra tu padre:
hoy mismo le escribo, hoy,
que mande por tí, y veremos.
(Riñen y disputan.)

LUIS. Ya está visto, se acabó,
estoy harto de sufrir
tan marcada oposicion.
Viejo caduco!

VICTOR. ¡Insolente!
Á su tio!!

LUIS. Sí señor:
no aguanto más.

VICTOR. Yo tampoco.

ESCENA XV.

DICHOS, TERESA y MARIA.

TERESA. ¿Qué es esto?

MARIA. ¡Válgame Dios!

VICTOR. Dispense usted, señorita,
pero quien con locos vive
tiene que estar siempre en riña.

TERESA. (¿Loco este jóven? Dios mio!)

LUIS. (¡Qué miro!! Es ella, la misma,
Teresa!)

TERESA. (Me ha conocido...
Disimulo.)

LUIS. Señorita...

TERESA. Caballero...

LUIS. ¿Á qué debemos
tan agradable visita?
Y á la verdad que no acierto
qué causa es la que motiva
su estancia aqui.

VICTOR. Ni te importa.
¿Se quejaba usted, hija mia,
de que el demonio á su padre
le tentó por la política?
Pues de esa horrible epidemia

aquí tiene usted otra víctima.

MARIA. Ya está el almuerzo corriente.

VICTOR. Pues pon la mesa y avisa.

MARIA. Voy corriendo. (Pues, señor,
no puedo con la alegria
que me embarga: es tan bonita...
y tan amable! Dios quiera
que su padre al fin desista
de su empeño y que se casen...
(Por Luis y Teresita.)
Los serviré con la vida.)

LUIS. Bendigo al cielo que sabio
me proporciona la dicha
de ver á usted otra vez,
cuando ya casi perdida
tenia toda esperanza.
Mi repentina partida
de Biarritz.

VICTOR. (Es posible!
Conque era Luis! Pobrecilla!
enamorada de un loco!!
Está visto; la política
la persigue en todas partes,
y al cabo será su víctima.
Y yo que de buena fé
escribir la prometia
á su padre!... Buen negocio.)

LUIS. Y siento por vida mia
nos haya usted encontrado
disputando. Sostenia
una cuestion con mi tio
que apreciaba de distinta
manera: cada uno
tener la razon queria,
y de palabra en palabra
se vino á acabar en riña.

VICTOR. Yo nunca dar la razon
á un loco puedo, hija mia,
por eso á mi buen amigo
Toribio escribir queria,
y hacerle ver que no vale
ninguna razon política

lo bastante para hacer
la desgracia de una hija.

TERESA. ¡Ay, don Victor! ya le he dicho
que en vano lo intentaria:
que no tengo mas remedio
que sufrir la tirania
de un padre que era muy bueno...

VICTOR. Y que lo es hoy en dia.
Mas como estos son los hombres
que otros hombres necesitan,
sin mas que ser honrados
para hacer á la sordina
de su honradez á la sombra
lo que ellos no se imaginan;
los buscan, los comprometen
con mucha supercheria,
y no tienen mas remedio
que aceptar.

LUIS. Me causa grima
escucharle.

VICTOR. ¡Te hace daño?
pues hijo, traga saliva:
yo siempre diré verdades,
y verdades en camisa,
que la verdad sin vestido
aunque amarga es positiva.

LUIS. Basta, tio, de sermones,
y sepamos, Teresita,
la causa de sus pesares.

TERESA. La mas cruel tirania;
unirme quieren á un hombre
que no conozco, y me envian
á comprar para la boda
á Madrid joyas y vistas;
y á esto la casualidad debemos
de vernos, pues es antigua
la verdadera amistad
que une á toda mi familia
con su tio.

LUIS. Y por lo visto
es cosa que corre prisa.
¿Y usted se opone, no es cierto?

hace usted bien, hija mia;
el matrimonio es un lazo
que oprime, que mortifica,
y si es á *fortiori* aun más.
La independencia, la omnímoda
facultad de vivir siempre
sin la restriccion mas mínima;
obrar cada uno á su antojo...

VICTOR. Muy bien, señor periodista.
¿Y la sumision aquella,
y aquella observancia estricta
de la ley?... Ahora salimos
conque yo razon tenia...
¡Predicar la sumision
y practicar la anarquia!...
Esto es muy propio del siglo.

TERESA. (¡Pobres ilusiones mias!...
yo que todo lo esperaba
de su amor!... qué mal creia!)
¿Conque usted apueba?...

LUIS. Pues no...
yo tambien la tirania
hasta aquí vengo sufriendo,
pero en vano: llegó el dia
en que veré realizadas
mis ilusiones, mi dicha.
Voy á unirme en tierno lazo
con la prensa, esa divina
creacion, que difundiendo
su luz al mundo ilumina.
Por ella renuncio á todo;
en ella encuentro mi *divva*
y de su altar en las aras
quiero inmolarme por víctima.
Solo espero de mi padre
tener carta: su venida
aguardo ansioso: en llegando
realizaré de mi vida
los ensueños y esperanzas,
y seré feliz.

TERESA. (Olvida
corazon todo el pasado...

piensa y con calma medita
tu porvenír.)

ESCENA XVI.

DICHOS, MARIA, con dos cartas.

MARIA. Señorito
dos cartas... dos...

LUIS. Alma mia,
respira. Sí, de mi padre, (Viendo el sobre.)
de don Leon!

MARIA. Prevenida
está la mesa, cuando gusten
pueden venir.

VICTOR. En seguida.

LUIS. (Leyendo.) «Querido Luis: supongo la felici-
»dad de que te encontrarás poseido, y para
»hacerle aun más feliz adjunta es una letra
»de giro, no de diez mil reales, sino de
»veinte mil, doble cantidad de la que me
»pedias, que te hará efectivos mi amigo y
»diamantista de esa Monsieur Millet, en las
»joyas de valor de tu gusto. Mi resolucion
»creo te será mucho más grata que si hu-
»biera accedido á tus locos deseos, hijos de
»la inexperiencia: tal es la de verificar á
»principios del mes próximo, tu enlace con
»la hija de mi amigo, rico comerciante de
»Palencia, don Toribio Fernandez, por quien
»he sabido que su hija Teresita se encuentra
»en esa, y quizá en este momento á tu lado
»y el de tu tio: ni á uno ni á otro he querido
»anticiparos mi resolucion con el objeto de
»proporcionaros esta sorpresa, y por razones
»de suma importancia, que ya tendrás oca-
»sion de saber. Al comunicarte mi resolu-
»cion, no quiero veas en ello más que el
»deseo de hacer tu felicidad. Dispon el viaje,
»y te espera en esta, acompañado de tu tio,
»tu padre querido.—*Ramon.*»

TERESA. (¡Con que él era el destinado

para mí, mi prometido!...
Luis al que tanto he querido!
Luis! el que me ha despreciado!
Qué vergüenza!)

VICTOR. (No lo entiendo...
Y no haberme dicho nada!)

LUIS. (Muere, ilusion adorada,
pero aun no.)

VICTOR. Sigue leyendo.
Sigue, Luis.

LUIS. (Un casamiento!
yo que ha poco... y á ella misma...
Tal resolucion me abisma
en el más fiero tormento.)

VICTOR. ¿No sigues?

LUIS. Por Barrabás,
silencio.

VICTOR. Tiemblas, no es cierto,
en abrir esa?

LUIS. Le advierto,
tio, que no sufro más.
(Leyendo.) «Señor don Luis Medina; mi que-
»rido amigo: Acabo de recibir una creden-
»cial nombrándome auxiliar del ministerio
»con veinti cuatro mil reales de sueldo; no
»me hallo, pues, en el caso de hacer, por
»ahora, la oposicion al gobierno, lo que me
»imposibilita de poner la fianza á su peiró-
»dico, como le tenia prometido.»
«Sea usted feliz en su empresa, y con este
»motivo le saluda afectuosamente S. S. y
»amigo.—*Leon de Castro.*»

VICTOR. Es claro, pescó turron
y no seria prudente
al gobierno abiertamente
hacerle la oposicion.

LUIS. (Me falta el valor, Dios mio!
esto me parece un sueño,
ayer todo era risueño,
hoy todo es triste y sombrio.)
Tio querido...

TERESA. (¡Qué apuro!)

VICTOR. Yo te doy la enhorabuena.
LUIS. Teresita...
TERESA. (Me da pena,
le quiero tanto!...)
LUIS. La juro...
VICTOR. (Vamos dentro y hablaremos,
que pene: tenga usted calma!)
TERESA. (Verle así me parte el alma.)
VICTOR. (Despacio.) Celebraremos
que no pierda usted la pista
á ese negocio, en que veo
satisfará su deseo
pronto, señor periodista.
(Vánse riendo.)

ESCENA XV.

LUIS solo.

Lo estoy viendo y no lo creo,
lucido he quedado á fé,
sin periódico y sin novia
por siempre jamás amen.
Ya no seré periodista,
ni diputado seré,
ni saciaré mi ambicion,
ni haré en el mundo papel.
Es para darse al demonio
esta situacion cruel!
Yo que esperaba esta noche
presentarme en el café
retorciéndome el bigote,
tosiendo á todo toser,
con cierto aire de importancia,
alargando con desden
la mano á mis contertulios
y repartiendo á granel
esperanzas y promesas
á cuatro amigos ó seis,
tendré que estarme escondido
por temor de que me den
una silba. ¡Estoy lucido!

lucido he quedado á fé.
¿Y qué partido tomar?
por quien soy que no lo sé.
Con mi idea ilusionado
no hace mucho desprecié
á una mujer á quien quise
y á quien quiero, con la que
quiere casarme mi padre.
¡Qué confusion, qué babel!
¿Y he de quedarme á la luna
de Valencia ó de Belen?
Seria un lance muy serio
que no le quisiera ver.
Ya que pierda la ilusion
de haber llegado tal vez
con la prensa á ser ministro,
no pierda al menos, pardiez,
una novia tan bonita.
Mas si es imposible que
despues de los improperios
que al matrimonio lancé,
ella me quiera, ¡Dios mio!
aconsejarme qué hacer.
Mas si no tengo en mi auxilio
ni quien me apoye, ni quien...
Está visto; no hay remedio:
soy un imbécil.

ESCENA XVI.

LUIS, MARIA.

MARIA. ¿Por qué?
LUIS. Maria, el cielo te envia;
Maria, te envia el cielo!
Dime qué quieres, Maria,
y alivia mi desconsuelo.
¿La viste?
MARIA. Á quién?
LUIS. Á Teresa.
MARIA. Me acaba de hablar de usté.
LUIS. ¿De mí? dime, y me profesa
algun amor?

MARIA. ¡No hay de qué!
dice que ya no le quiere,
y es justo, está resentida,
y que á casarse, prefiere
pasarse toda la vida
soltera; trance es muy duro,
pero usted la despreció,
y á la verdad le aseguro
que lo propio haria yo.
¿Y por qué, vamos á ver?
por la maldita ambicion
despreciar á una mujer
y matar su corazon!
No tiene perdon de Dios
quien obra de esta manera.

LUIS. Mas unámonos los dos
y puede que el cielo quiera
ayudarnos.

MARIA. Vana empresa.

LUIS. Yo perderla, no la pierdo,
su conquista me interesa.

MARIA. Hubiera andado mas cuerdo,
y no que siempre soñando
pasajeras ilusiones,
y la idea alimentando
de brillar en elecciones,
tomó por tan mal camino,
lleno de zarzas y abrojos,
y hoy tamaño desatino
denunciando está en sus ojos
una lágrima. Mas creo
que si dominarse puede
conseguirá su deseo
como todo aquel que cede.

LUIS. ¿Qué dices?

MARIA. Que cante usté
de plano, que se arrepienta,
y así me figuro que
la señorita consienta:
de verle así ya me aburro,
mas fué tan grande el desliz,
que si no cae de su burro

será por siempre infeliz.

LUIS. Sí, Maria, si caeré;
á tu opinion me acomodo
y al cabo renunciaré!

MARIA. Á todo.

LUIS. Maria, á todo.

MARIA. Pues valor, porque aquí viene
con el señor.
(Observando á la puerta derecha segundo término.)

LUIS. Con mi tio.
Dios mio, si me conviene
préstame valor, Dios mio.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D. VICTOR, TERESA.

VICTOR. Devolvamos á Toribio
su rectitud y su honor;
pues si me atreví á dudar
por un momento, ya no
dudo de que para hacerlo
tendrán alguna razon:
los dos son hombres muy probos
y de muy sana intencion,
y disculpo su silencio.

MARIA. (No se acobarde, valor.) (Á Luis.)

TERESA. ¿Y sale el tren?

VICTOR. Á las seis.

MARIA. ¿Pero se va usted, señor?

VICTOR. Me marcho por unos dias.

LUIS. Tambien yo, tio, me voy:
conozco que estoy demás,
que estorbo aquí, que ya no
tengo nadie que me quiera:
se marcha Teresa, y yo
no puedo verlo tranquilo.

TERESA. (Se me parte el corazon,
pero aun es pronto. ¡Que pene!)

VICTOR. Pues hijo, vete con Dios,
sobre todo en Leganés,
que es una gran poblacion,

te estan reclamando á gritos:
allí puedes tu ilusion
realizar; serás el jefe,
mas que jefe, el director
del instituto en que vive
la gente de buen humor.

TERESA. Me marcho, señor don Luis,
y sin guardarle rencor,
usted no debe casarse:
soltero estará mejor;
así podrá dedicarse
á su noble profesion
con independencia omnímoda,
sin ninguna restriccion,
obrará solo á su antojo;
soy de su propia opinion.
El matrimonio es un lazo
que oprime de un modo atroz.

LUIS. Teresita, en mi martirio
no se goce usted por Dios,
y escúcheme un solo instante,
se lo pido por favor.
Hace seis meses lo menos
que huyendo yo del calor,
fuí á refugiarme á Biarritz
á fuer de buen español.
Allí la felicidad
el cielo me concedió
de ver á usted, y en sus redes
Cupido audaz me prendió.
Desde entonces, en el fuego
sentí quemarme de amor,
y donde quiera usted iba
allí me encontraba yo.
Una mañana, me acuerdo,
no bien sus rayos el sol
sobre las inquietas olas
refulgentes extendió,
recibí un despacho urgente
que á abandonar me obligó!
á Biarritz mi poder
enviar á usted un adios.

Lo que sufrí desde entonces
tan solo lo sabe Dios,
y allá en sus altos designios
sabiamente comprendió
que era un amor verdadero;
todo un verdadero amor
el que en mi pecho abrigaba,
y como á tal le premió
sugiriendo á nuestros padres
la idea de nuestra union.
Es verdad que hace un momento
cometí una indiscrecion,
que la traté con dureza,
que vertí en su corazon
el veneno del desprecio,
mas el estado en que estoy
bien merece, Teresita,
que le inspire compasion,
y pronuncie usted el sí
despues de esta confesion.

TERESA. Veremos... más adelante...
cuando haga más contriccion,
lo pensaré; con el tiempo
tal vez... no digo que no,
pero ahora...

LUIS. Sí, ahora mismo.

TERESA. Es imposible.

LUIS. (¡Oh furor!)

TERESA. Porque aun está muy reciente
aquella tierna ilusion
por la prensa, y es muy fácil
que resucite.

LUIS. Eso no.

TERESA. Además que la política
merece mas atencion,
y el hacer el bien de la patria
es mucho, mucho mejor
que el de una mujer, y usted
apropósito nació
para acoger esa huérfana
tan digna de compasion.
Yo quiero, si es que me caso.

que el hombre á quien dé mi amor
tan solo para mí viva;
que no tenga otra ambicion
que hacer mi felicidad
y me quiera como yo
le querré.

LUIS. Pues ese hombre
ciertamente le encontró
en mí, que seré de usted
un eterno admirador!

TERESA. Y no porque diga esto
es porque le tenga horror
á mi patria, nada de eso,
al contrario, compasion
me da verla en el estado
que la puso esa legion
de políticos, sin fé,
que con mentido fervor
por su medro personal
la llevan sin remision
á un cataclismo seguro
en alas de su ambicion.
Sacrifíquense en buen hora
el bienestar, el honor,
la vida si es necesario
por la patria; pero no
por los partidos políticos.

VICTOR. Aprovecha esa leccion.

LUIS. Sí, tio, si la aprovecho,
harto convencido estoy
de que usted y Teresita
me han devuelto la razon
que quizá hubiera perdido.
Ya canto el yo pecador,
y humilde á sus pies espero
(Se arrodilla delante de Teresa.)
que me otorgue su perdon
y pronuncie el sí que anhelo.

TERESA. Sea, Luis, con condicion
de renunciar al proyecto.

LUIS. ¡Lo juro en nombre de Dios!

VICTOR. Pues en marcha, y á Palencia

á buscar la bendicion.
Tú, Maria, con nosotros.

MARIA. Con mucho gusto, señor.

LUIS. (Al público.)

Si mal no lo recuerdo
dice un adagio,
que cuidados ajenos...
lo otro lo callo.
Y yo presumo
que aplicarse este adagio
pudieran muchos.

—

Por amor á la patria
se dice hoy dia
que intereses y todo
se sacrifica.
Podrá ser cierto,
pero si he de ser franco
yo no lo creo.

—

Es verdad que hay algunos
seres honrados;
que llenos de fé, abrigan
el amor patrio.
Mas son los menos,
apenas tres se encuentran
en cada ciento.

—

Amor á los destinos,
de este si hay mucho,
que el cobrar buenos sueldos
da mucho gusto.
Bombo y honores...
en esto piensan casi
todos los hombres.

—

Los partidos políticos
tienen á España
reducida hoy en dia
casi á la nada.
Acaben todos.
no haya mas que uno, y sea

nacional solo.

—

Verle triunfar, señores,
es muy sencillo,
dejemos de ser todos
hombres políticos;
no haya unionistas,
neos, ni moderados
ni progresistas.

—

Así colocaremos
á nuestra España
á una altura que nadie
la ponga raya.
Yo así lo veo,
y sin ser presumido
creo que acierto.

—

Y pues de un gran peligro
supo librarme
la mujer con quien pronto
voy á casarme,
que es muy bonita,
viva, viva mil años
mi Teresita.

FIN.

Examinada esta comedia no hallo inconveniente en que su represèntacion se autorice.
Madrid 9 de Agosto de 1867.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro
Alicante.	Viuda de Ibarra.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumens y I. Cerdá.
Bejar.	P. Lopez Coron.
Bilbao.	T. Astuy.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañía.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	P. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	Viuda de Bosch.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Haro.	P. Quintana.
Huelva.	J. V. Osorno.
Huesca.	M. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez y Compañía, de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Minon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	F. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Oñona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Cámara.
Puerto de Sta. María.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Frádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
S. Ildefonso (La Granja)	R. J. Serna.
Sanlúcar.	J. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda.
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	T. Baquedano.
Toledo.	F. Hernandez.
Toro.	A. Rodriguez Tejedor.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	J. Garcia, F. Navarro y J. Moriana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	J. Soler.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	S. Hidalgo y A. Juan.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerias de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.

